

por el veredicto, el Tribunal condenó á Eufrosia Senechal, esposa de Fernando Laohusse, á diez años de reclusión y además á quedar por el resto de su vida bajo la vigilancia de la policía.

Los jueces se fueron á comer y Eufrosia, sombría, silenciosa, sin emoción aparente, absorta en un pensamiento interior, fue conducida de nuevo á la cárcel.

En el momento de pasar el umbral de la Sala de la Audiencia, alzó la cabeza como una persona que despierta de un sueño profundo y preguntó:

—¿A qué ha sido condenado Fernando

XII

Jamás prisionera alguna llevó, al ir á encerrarse en los tristes muros de una reclusión, un alma más sombría, un corazón más henchido de hiel, un interior más helado y más feroz que el alma desolada, el corazón desgarrado y el rostro siniestro de Eufrosia.

No hablaba una palabra; desde que entró en la cárcel, las preguntas sólo recibían de ella una breve respuesta, replegándose en seguida dentro de sí misma, é internándose, por decirlo así, en el fondo de su pensamiento, que era para ella mucho más cruel supli-

cio que todos los que la justicia humana ha inventado para castigo de los culpables.

¿Qué le importaban, en efecto, á aquella pobre mujer, aquellas paredes desnudas, aquellas rejas, aquellos cerrojos? ¿tenía acaso sobre la tierra otra morada más risueña? el grosero alimento que le daban, ¿no hubiera hecho sus delicias en los días del hambre y de la miseria? ¿Acaso el pobre no envidia los vestidos de lana que son la librea del prisionero? ¿Puede asombrar el trabajo asiduo y regular á una hija de obreros?

No era en aquella misera existencia, por cierto, en lo que Eufrosia hallaba su castigo; en el fondo de su alma era donde se hallaba, porque aquella pobre alma estaba torturada, no por los remordimientos, sino por el odio inextinguible, profundo, que sentía hacia su marido y hacia su criminal cómplice; el asesinato que había cometido era para ella sensible y lo deploraba amargamente: pero arrojaba todo su horror sobre el que la había abandonado y lloraba á Elisa como si su padre la hubiera muerto ante sus ojos.

Con el pensamiento eternamente fijo sobre el mismo punto, se analizaba á sí misma y se decía que su voluntad estaba ausente en aquel instante fatal en que había sofocado á la vez los gritos y la vida de su hija; que su alma se había lanzado toda entera tras de las huellas del fugitivo, y que si en el transporte de la cólera y del dolor había cometido un acto odioso, la falta debía pesar

eternamente sobre el cobarde que la había abandonado.

¡Paz á la hija! ¡Odio á su padre!

En estas disposiciones de ánimo fue conducida Eufrosia á la casa central de corrección de Clermont; dejóse llevar sin rebelarse y casi sin pesar; ni una lágrima derramó por su libertad perdida, ¿que podía hacer de ella? ¿En qué lugar de la tierra, donde se hubiera dirigido, no hubiera hallado el trabajo y la pobreza?

Esta cautividad no tenía, pues, nada de espantosa para su espíritu y la vergüenza que llevaba unida no era tampoco sentida por ella; su inteligencia se hallaba absorbida por una idea que la aislaba del mundo y de los seres que en él había conocido; todas las fuerzas vitales parecían concentradas en su alma y la dejaban indiferente á las circunstancias exteriores: así fue que se sometió sin dificultad al régimen de la casa, á aquella disciplina claustral y severa, contra la cual se sublevan la mayor parte de las prisioneras.

Eufrosia la sufría con una docilidad pasiva; levantábase así que sonaba la campana, mullía y arreglaba su lecho, bajaba á la sala de labor, cosía sin descanso y sin levantar la vista, iba al refectorio y comía el mísero alimento con el aire de una persona cuyo espíritu se halla errante en otro mundo: seguía á sus compañeras al *recreo*, andaba como ellas con paso mesurado á lo largo de un patio sepulcral, y cuando llegaba la

noche se acostaba, siempre con una obediencia silenciosa y mecánica, que sorprendía á los que la presenciaban.

—¡Cualquiera diría que esta mujer ha pasado toda su vida en una casa correccional!—decían el Director y los Inspectores.

—¡Es un alma cerrada!—decían á su vez las buenas hermanas de la caridad que las vigilaban,—parece que sólo siente una necesidad, la de no hablar á nadie, la de huir del contacto de sus compañeras y á las investigaciones de sus superiores: ¿qué hay en el fondo de esto, conformidad ó desesperación?

Lo que más asombraba á todos era su pertinaz silencio; bien sabido es cuan difícil es hacer observar la regla que lo prescribe, y que tan útil es en las casas de corrección: esas mujeres irritables, tristes, vengativas, irritadas, ansían comunicar á las otras sus dolores y sus sentimientos: por medio de mil invenciones ingeniosas, consiguen eludir la disciplina, y engañan cada día los ojos vigilantes que las guardan. El *caló*, las señas, las frases compuestas con los dedos, las miradas, las indicaciones mudas, sacadas de los objetos exteriores, las pajas puestas en cruz, las hebras de hilo anudadas de cierta manera, todos los lenguajes de convención que la industria de los hombres ha podido inventar, están en uso en las prisiones, y sobre todo en las de las mujeres; las recién llegadas son iniciadas muy pronto en este idioma secreto, y pueden tomar parte en el complot

sordo que se trama sin cesar en esos lugares de espiación.

Más Eufrasia se mostró singularmente rebelde á las lecciones que sus compañeras quisieron darle: no comprendía el *caló*, no miraba sus señas, se separaba con aire salvaje cuando querían hablarle bajo, y parecía decidida desde el primer día á vivir sola con su penas, y á no aceptar ninguno de los peligrosos consuelos que querían ofrecerle.

No obraba así por sistema: los sistemas no eran del dominio de su ignorancia; obedecía sencillamente á su instinto y á su carácter; el instinto la hacía ponerse en guardia contra esas mujeres más corrompidas, aunque quizá no tan criminales como ella, y su carácter, que se había vuelto sombrío y desconfiado, la impedía buscar comunicaciones y confidencias, de las cuales, su corazón amurallado por el dolor, no sentía necesidad.

Pero este silencio, esta sombría sumisión que confundían también á los jefes de la casa, que edificaban á las buenas hermanas encargadas de la vigilancia de las detenidas, dedicadas ellas mismas al silencio y á la obediencia, disgustaron singularmente á las demás reclusas, y después de algunos meses de prueba, Eufrasia llegó á ser para sus compañeras el objeto de una antipatía y de una desconfianza sin límites; no queriendo ser cómplice, fue tratada como enemiga.

Estos sentimientos de hostilidad se manifestaban de mil maneras; las miradas de

enojo que la dirigían, las palabras injuriosas dichas en voz baja, pero de modo que las oyera, los gestos amenazadores, todo le era prodigado, y muy pronto se sintió el objeto de un odio universal, que redobló los sentimientos amargos que oprimían su corazón.

Podía aquella pobre criatura desamparada de todos, podía haber hallado una fuente de consolación y de esperanza, fuente límpida que corre siempre, pero á la cual nadie venía á beber: por encima de las sombrías murallas del antiguo castillo de los condes de Clermont, hoy casa central de corrección para mujeres, se eleva una cruz: en medio de aquellas construcciones desnudas y rígidas, se abre una humilde capilla; en medio de la librea de los calaboceros se vé el traje de un sacerdote, en aquellas salas donde se trabaja siempre, donde no se habla jamás, una figura dulce y serena, vestida de gris y negro, una hermana de San Vicente, preside y arregla los trabajos; en fin, por severa que sea aquella morada de expiación, Dios habita en ella; el padre del pródigo, el amigo del ladrón penitente, el Redentor de los hombres, está allí, en el Evangelio, en el sacrificio, en el tabernáculo: las almas escogidas que no han querido de la tierra más que las espinas y la cruz, le representan también, en lo que el amor y la abnegación tienen de más puro; y no obstante, en medio de tantas criaturas desgraciadas, desesperadas, heridas en las profundidades del

alma, muy pocas reconocen al celeste médico; el embrutecimiento moral, el estúpido que dá la costumbre del vicio, el despreciable respeto humano, que se desliza hasta la prisión, hasta la morada de la vergüenza, las tenía cautivas; en vano el labrador estaba pronto, la cosecha no estaba madura, y al fin de cada año, el pastor celoso, no podía llevar más que un haz bien ligero al rebaño del Señor.

Eufrasia había tenido en otro tiempo algunos sentimientos piadosos; el recuerdo de su abuela le había hecho respetables la religión y sus ministros; mas la vida común con su marido, obrero ignorante, impío y burlón, habían debilitado su fe, y su desgracia y su crimen reunidos, habían impreso á su carácter una regidez que rechazaba todo consuelo.

Aquella pobre mujer no había leído los autores antiguos, y sin embargo, se consideraba como una víctima de la ciega fatalidad, y se preguntaba eternamente ese temible *¿por qué?* que la fe y la esperanza resuelven solamente.

— *¿Por qué* he nacido pobre? *¿Por qué* he tenido padres sin virtudes? *¿Por qué* mi marido me ha tratado tan duramente? *¿Por qué* la desesperación me ha empujado al crimen? *¿Por qué* he sido tan severamente condenada?

La fe, si le hubiera dado acogida, le hubiera contestado:

—Has nacido pobre, pero Jesús ama la

pobreza, y á los pobres les es fácil la salud eterna; hasta en una familia sin virtud podías tú vivir virtuosa; al lado de un esposo sin costumbres, tú podías haber sido dulce y casta, y debiste perdonar la injuria; en la sociedad cristiana no faltan ni el ejemplo ni la enseñanza á las almas de buena voluntad; pero tú has escuchado tus pasiones y has sido justamente castigada. Dios te ama todavía, puesto que te deja tiempo para la penitencia.

Las dulces voces de la conciencia y de la fe, hablaron por largo tiempo sin ser escuchadas; cinco años de reclusión se habían ya pasado, sin que Eufrasia manifestase el deseo de aproximarse á Dios; en las casas de corrección ninguna violencia se hace para esto; las presas asisten á misa el domingo y también á los oficios; pero el Santo Tribunal no se abre más que á las que lo solicitan.

El Capellán invita y convence, pero no obliga jamás; suplica frecuentemente, jamás manda.

XIII

Era el Viernes Santo, y la solemnidad del día había llevado á la capilla á todas las detenidas: todas estaban uniformemente ves-